

OTROS LUGARES DE INTERES

A pocos kilómetros al Norte de la Rábida se halla el pueblo de *Palos de Moguer*, desde cuyo puerto partió el gran navegante para su trascendental empresa. Palos tiene una iglesia con obras artísticas de mérito, entre ellas la imagen de la *Virgen de los Milagros*, que antes estuvo en la Rábida. Esta imagen de la Santísima Virgen se ha venido creyendo que es una de las labradas por San Lucas y veneradas por los Apóstoles, de quienes pasó a los obispos anteriores a San Macario, el cual lo era también de la ciudad santa cuando la regaló a los habitantes de Palos. No obstante, otros autores afirman que su antigüedad no pasa del siglo XIII. La efiege mide 55 centímetros de altura y se halla esculpida de un solo trozo de alabastro. «Está representada de pie – dice un cronista – sobre un pequeño plinto y tiene al Niño Jesús en el brazo izquierdo. Cubre su cabeza un manto que cae por ambos lados del rostro; la túnica deja ver el cuello y el nacimiento del pecho y, por debajo del manto, baja, en graciosos pliegues, hasta el suelo, cubriendo el pie izquierdo y dejando descubierto el derecho que avanza hasta el borde de la peana». Es fama que desde el púlpito de esta iglesia se leyó la pragmática de Isabel la Católica, ordenando el reclutamiento de marinos para el viaje de Colón.

Moguer es otra población onubense de gran patrimonio histórico. Entre sus monumentos descuella la iglesia del convento de Santa Clara, fundado por el célebre almirante Jorge Tenorio en 1348, que está considerada como la mejor de la provincia. Es de estilo mudéjar, y tanto por sus grandes proporciones como dada la gran riqueza artística que ofrece su interior, llama poderosamente la atención del visitante.

Niebla, la «ciudad hermosa y muy antigua», al decir del famoso viajero musulme Xerif-al-Edrisi, tuvo gran importancia en las épocas romana y árabe. En el siglo XV era capital de la comarca llamada *El Condado*, cuyos señores se consideraban omnipotentes como reyes. Por ello no accedieron a entregar sus estados a Fernando e Isabel, obligándoles a mandar un ejército para que tomasen la plaza por la fuerza, la cual fué incorporada a la Corona. Su alcázar y recinto amurallado, de la época árabe, reconstruidos por los cristianos, constituían tal vez el conjunto más inexpugnable de la fortificación medieval existente en Andalucía, el cual recibió el golpe de gracia al ser volado por los franceses en 1812.

Aracena, en la parte septentrional de la provincia, ofrece como monumento principal un castillo árabe de la época de los almohades, con una preciosa torre de rica labor arábica, el cual se cree fué una mezquita, luego trocada en templo cristiano, servicio que sigue desempeñando. En este pueblo se encuentran las famosas grutas consideradas como de verdadero ensueño, dadas sus bellezas naturales. El célebre polígrafo y humanista Arias Montano, confesor de Felipe II, se retiró a una de ellas, hacienda de aquel paraje; donde se halla la famosa Peña de su nombre; la Tebaida, donde terminó sus años, aumentando su ciencia y su virtud.

Almonte, con la ermita de su Patrona, Nuestra Señora del Rocío, imagen venerada en toda la Andalucía occidental, en cuyo honor se celebra anualmente una famosa romería; *Almonaster la Real*, que posee los restos de una imponente fortaleza medieval; *Ayamonte*, plaza fuerte, en la desembocadura del Guadiana, y *Gibraleón*, de notable abolengo histórico, son otros pueblos onubenses dignos de general conocimiento.

NUESTROS CLASICOS

A LA PRIMAVERA

¡Salve! ¡Salve! Del sol de primavera,
Rompiendo la tiniebla el nuevo rayo,
Muestra en su luz primera
La sonrisa de Mayo.

Brilló su faz, y de la blanca sierra
Las mieses en raudal se precipitan.
Hiere a su luz la tierra,
Y las plantas palpitan.

Los yertos campos vida y hermosura
Con el ardor fecundo recobrando,
Se ven entre frescura
Sus galas desplegando.

Pimpollos son los brotes renacientes,
Que los desnudos árboles rodean.
Ya en el rosal lucientes
capullos colorean.

De blancas flores multitud vistosa,
Que en la agua tienen sus cimientos vagos,

Son espuma olorosa
De los innobles lagos.

Alza la yerba sus menudas cañas,
Crece, y se esponja, y tiende sus verduras
En las altas montañas,
En las anchas llanuras.

De insectos mil la turba perezosa
En el penoso invierno aletargada,
Con su lumbre ardorosa
Despierta reanimada.

Allá viene el cantor de los amores.
El tierno ruiseñor, huésped del prado,
Sus risueños albores
Cantando alborozado.

Yo también te saludo, madre hermosa,
Juventud de los campos; que en la mía
Como en ellos, rebosa
Tu vida y tu alegría.

Mas siempre al contemplarte, primavera,
Temo, pensando en el placer fugace,
Si serás la postrera
Que para mí renace!

Carolina CORONADO



NUESTROS ARTISTAS: «La Sierrilla», por José Antonio Navarro